



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de
Puebla
México

Bonnet, Alberto

El kirchnerismo. La Argentina tras la caída del neoliberalismo

Bajo el Volcán, vol. 17, núm. 25, septiembre, 2016, pp. 11-54

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28652663002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL KIRCHNERISMO. LA ARGENTINA TRAS LA CAÍDA DEL NEOLIBERALISMO¹

Alberto Bonnet

Bajo el Volcán, año 17, número 25, septiembre 2016-febrero 2017

Fecha de recepción: 3 de junio, 2016

Fecha de dictamen: 12 de julio, 2016

RESUMEN

Este artículo propone una caracterización general del *kirchnerismo*, entendido como el periodo de la historia política argentina reciente que se extiende entre la crisis y la insurrección de fines 2001 y las últimas elec-

¹ Este artículo sintetiza argumentos de nuestro libro *La insurrección como restauración. El kirchnerismo 2002-2015* (Bonnet 2015a). Escribimos este libro en el marco de nuestro programa de investigación sobre Acumulación, dominación y lucha de clases en la Argentina contemporánea, 1989-2011, radicado en el Centro de Investigaciones Sobre la Economía y la Sociedad de la Argentina Contemporánea (IESAC) de la Universidad Nacional de Quilmes y a cuyos miembros, en particular a Adrián Piva, agradezco la discusión de sus borradores (para información sobre las investigaciones realizadas en ese marco puede consultarse www.laargentinareciente.com.ar; para críticas y comentarios puede escribirse a abonnet@unq.edu.ar). Este artículo se nutrió asimismo de una serie de discusiones mantenidas en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSYH) de la Universidad Autónoma de Puebla y, especialmente, en el seno del seminario dictado por John Holloway, a cuyos participantes también agradezco sus valiosos aportes. Para otros balances interesantes del período pueden consultarse, entre otros, los trabajos compilados por Balsa (2013), Novaro, Bonvecchi y Cherny (2014) y Gervasoni y Peruzzotti (2015).

ciones presidenciales de fines de 2015. Su argumento fundamental es que el kirchnerismo debe entenderse como la expresión de las relaciones de fuerzas entre clases emergentes del ascenso de las luchas sociales que culminó en esa insurrección de fines de 2001 y la resultante crisis de acumulación y dominación capitalistas y, a la vez, como un intento de recomposición de esa acumulación y dominación.

Palabras clave: Kirchnerismo, acumulación, dominación, crisis, restauración.

ABSTRACT

This article provides a general characterization of Kirchnerism, understood as the period of Argentina's recent political history that stretches between the crisis and insurrection of late 2001 and the last presidential elections of late 2015. Its fundamental argument is that Kirchnerism must be understood as the expression of the relations of forces between classes. This article proposes a general characterization of Kirchnerism, understood as the period of recent Argentine political history that extends between the crisis and the insurrection of late 2001 and the last presidential elections of late 2015. Its fundamental argument is that Kirchnerism must be understood as the expression of the relations of forces between classes that resulted from the rise of social struggles that culminated in that insurrection of late 2001 and the consequent crisis of capitalist accumulation and domination and, at the same time, as an attempt to recompose that accumulation and domination.

Key Words: Kirchnerism, accumulation, domination, crisis, restoration.

*Si queremos que todo siga como está,
es necesario que todo cambie. ¿Me explico?*
Tomassi di Lampedusa, *El Gatopardo*

INTRODUCCIÓN

Entre fines de la década de los noventa y comienzos de la primera del nuevo siglo, tuvieron lugar en varios países latinoamericanos

ciclos de ascenso de las luchas sociales que pusieron en crisis el predominio previo del neoliberalismo. Y esta crisis del neoliberalismo impulsó el acceso al poder de gobiernos que tomaron distancia, más o menos radicalmente, según los casos, de las políticas neoliberales vigentes durante las dos décadas anteriores. Tales fueron los casos de los encabezados por Hugo Chávez en Venezuela en 1999, Lula Da Silva en Brasil en 2003, Tabaré Vázquez en Uruguay, Evo Morales en Bolivia en 2005, Rafael Correa en Ecuador en 2007 y Fernando Lugo en Paraguay en 2008.² Las relaciones que estos nuevos gobiernos guardaron con aquellos ciclos de luchas sociales que los precedieron y, por consiguiente, las características de dichos gobiernos, fueron empero muy diferentes entre sí. La intención de este artículo es situar dentro de este conjunto de procesos políticos y caracterizar en su especificidad a los gobiernos que sucedieron al ciclo de ascenso de las luchas que culminó en la insurrección de diciembre de 2001 en Argentina, es decir, a la administración provisional de Duhalde y las electas de Kirchner y de Fernández de Kirchner. Nos referiremos a este ciclo político en su conjunto como el *kirchnerismo*, aunque diferenciaremos a menudo entre sus distintos momentos.

Nuestro argumento fundamental será que el kirchnerismo debe entenderse como expresión de las relaciones de fuerzas entre clases emergentes de ese ascenso de las luchas sociales que culminó en la insurrección de fines de 2001 y la resultante crisis de acumulación y dominación capitalistas y, a la vez, como un intento de recomposición de esa acumulación y esa dominación. Aclaremos entonces cómo se articulan las dos partes de esta afirmación. Ninguna

² La insurrección zapatista de fines de 1994 fue ciertamente una suerte de lucero del alba para estos ciclos de luchas contra el neoliberalismo, pero inauguró un camino político diferente y, en consecuencia, no puede ser considerada dentro de estos procesos políticos. Es importante recordar asimismo que en otros casos, como los de Chile y Colombia, no se registraron ciclos intensos de resistencia contra el neoliberalismo y, por consiguiente, tampoco puede hablarse de una crisis del neoliberalismo.

de esas dos partes es suficiente sin la otra. Y la razón es sencilla. Las formas sociales y sus contenidos de clase no pueden existir por separado aun cuando, ciertamente, la relación entre esas formas sociales y esos contenidos de clase siempre es contradictoria.³ Así, el kirchnerismo, como cualquier otro fenómeno social dentro de sociedades de clases como las nuestras, expresó determinadas relaciones de fuerza entre clases y las expresó de determinada manera. El kirchnerismo, más específicamente, expresó las relaciones de fuerzas entre clases emergentes de la crisis de acumulación y dominación que culminó en 2001, y las expresó como una recomposición de esa acumulación y esa dominación. El kirchnerismo, en pocas palabras, expresó la insurrección como restauración. Y, para su análisis, es imprescindible tener en cuenta ambos aspectos a la vez, así como la inevitable tensión entre ellos, porque en caso contrario ambos quedarían igualmente indeterminados.

Nuestra crítica del kirchnerismo, en consecuencia, no descansa ni puede descansar en sus presuntas continuidades respecto de las políticas neoliberales adoptadas durante el *menemismo*, continuidades en las que enfatizaron inicialmente muchos de sus críticos de izquierda. Limitarse a señalar estas continuidades no sólo implicaría ignorar en los hechos las importantes diferencias existentes entre el kirchnerismo y el menemismo, sino que acarrearía además graves inconsistencias para nuestro análisis e incluso para el marco teórico en el que encuadramos dicho análisis. En efecto, considerar al kirchnerismo como una mera continuación del menemismo implicaría suponer que aquel ascenso de las luchas sociales que culminó en la insurrección de fines de 2001 resultó completamente irrelevante para la relación de fuerzas entre las clases vigente en nuestra sociedad y,

³ Esta relación es la misma que la establecida por Marx en su crítica de la economía política, aunque a un nivel de abstracción muchísimo más alto, entre la forma y el contenido de las relaciones sociales fundamentales, y puede conceptualizarse sintéticamente, valiéndonos de una expresión de Holloway, como la relación entre un contenido que existe en-y-contra su forma.

extremando las cosas, suponer que la dinámica de la acumulación y la dominación capitalistas en general son indiferentes respecto del desenvolvimiento de la lucha de clases. Y ambas cosas son inaceptables para nosotros. En este sentido, precisamente, inscribimos aquí a los kirchneristas entre aquellos gobiernos latinoamericanos que se distanciaron efectivamente de las políticas neoliberales previas o, dicho más sencillamente, entre los gobiernos latinoamericanos *pos-neoliberales*. Y parece especialmente oportuno realizar un balance la trayectoria de los gobiernos kirchneristas en esta coyuntura específica porque las recientes elecciones presidenciales –y no solamente por el triunfo de Macri, sino también por el hecho de que los derechistas programados durante la campaña por los tres candidatos más votados en ellas, Macri, Scioli y Massa, fueron los más parecidos entre sí de los programas propuestos en las presidenciales de la historia democrática argentina reciente– parecen ratificar que el ciclo político del kirchnerismo está definitivamente clausurado. Y algo semejante, por lo demás, parecen indicar la destitución de Lugo en 2012, la crisis política de la administración petista de Roussef desde 2014, la derrota del chavismo en las parlamentarias de 2015 y otros acontecimientos semejantes respecto de los ciclos de los gobiernos pos-neoliberales en sus respectivos países.

El fenómeno que analizaremos (el kirchnerismo) es relativamente complejo, y el periodo que abarcaremos (de comienzos de 2002 a fines de 2015) es relativamente prolongado, de manera que tendremos que contentarnos con una exposición de algunos de nuestros principales argumentos, reduciendo al mínimo la información empírica y las referencias bibliográficas. Organizaremos dichos argumentos de una manera bastante tradicional, explicando sucesivamente el modo en que existe la insurrección como restauración en los terrenos de la acumulación y de la dominación en cada uno de los dos apartados principales del artículo. Pero intercalaremos entre ambos apartados un *excursus* sobre las características de la crisis de la convertibilidad para comprender mejor las relaciones entre ambas dimensiones de la recomposición posterior. Y volveremos sobre el conjunto del proceso y algunas de sus implicancias políticas en las conclusiones.

LA RECOMPOSICIÓN DE LA ACUMULACIÓN

Las características que revistió la acumulación capitalista durante la década kirchnerista estuvieron determinadas por el relajamiento de la disciplina de mercado, vigente durante la década previa a través de la propia crisis de acumulación que culminó a fines de 2001, y de una serie de medidas de política económica implementadas como respuestas, *más o menos forzadas según los casos*, ante dicha crisis. No vamos a volver por ahora a las características de esa crisis, pero es importante recordar que esa disciplina de mercado había descansado sobre la convertibilidad de la moneda impuesta por el menemismo a comienzos de los noventa y que el relajamiento de esa disciplina fue consecuencia de la caída de esa convertibilidad en medio del ciclo de ascenso de las luchas sociales que culminó en la insurrección de diciembre de 2001, relajamiento que las medidas adoptadas posteriormente en materia económica se limitaron a convalidar políticamente.⁴ Este relajamiento de la disciplina de mercado sobre la acumulación operó a su vez dentro de unas condiciones extraordinariamente favorables ofrecidas por el mercado mundial, en particular, a raíz del mejoramiento de los términos de intercambio, y a partir de un aparato productivo proveniente del intenso proceso de reestructuración registrado en los noventa.

El resultado de la combinación de estos tres factores fue una dinámica de acumulación extensiva muy pujante, especialmente durante la primera mitad del periodo considerado, pero que no modificó sustancialmente las principales características del modo de acumulación preexistente. En efecto, tras la depresión económica que se extendió entre 1998 y 2002, una de las más severas de la historia argentina, la economía rebotó hacia mediados de 2002 y ya durante 2003, el producto, el consumo y la inversión comenzaron a aumentar

⁴ Para un análisis de este ciclo de luchas sociales que culminó en la insurrección de fines de 2001 y de la resultante crisis de acumulación y dominación puede consultarse en esta misma revista Bonnet (2002), así como Bonnet (2008, cap. 6 y Piva 2012, caps. 11 y 12).

francamente. Se inició entonces un periodo de fuerte crecimiento, especialmente durante el primer lustro, a una *tasa china* promedio de casi un 7% anual o un 76,5% acumulado entre 2003 y 2013.⁵

Este desempeño, sin embargo, debe ser contextualizado. Si lo comparamos con los de otras economías latinoamericanas, esa tasa es superior a la media del continente (3,8%), pero la década en cuestión fue un periodo de crecimiento para el conjunto y este crecimiento favoreció tanto a países que se apartaron de las políticas neoliberales (como las citadas Venezuela y Bolivia, con un 4,6% anual promedio) como a países que insistieron en ellas (como Colombia o Chile, con tasas semejantes). Esto es un indicio de la incidencia de las condiciones favorables del mercado mundial sobre la acumulación en el mercado doméstico. Y si atendemos a la profundidad de la crisis en la que se encontraba la economía argentina antes de este periodo expansivo, advertimos a la vez que su producto se había contraído a razón de casi un 5% anual entre 1999 y 2002, contra un crecimiento de un 1,5% anual en ese mismo periodo para el conjunto de las economías latinoamericanas. El producto argentino del año 2005 fue entonces un 27% mayor que el de 2002, pero recién durante este año superó el nivel que había alcanzado en 1998. Hay que tener en cuenta, finalmente, la manipulación de las tasas de crecimiento perpetrada por el gobierno desde la intervención del instituto de estadísticas (el INDEC) a comienzos de 2007.⁶ Pero, aún ajustando las tasas de crecimiento informadas oficialmente a las

⁵ Nos basamos en las tasas de crecimiento del producto anual a precios constantes de la CEPAL (calculadas a partir de datos oficiales) porque vamos a compararlas con las informadas por la CEPAL para otros países latinoamericanos. Para un análisis pionero de esta recuperación véase el debate organizado en 2007 por los Economistas de Izquierda (EDI 2007) y en particular Piva (2007).

⁶ La manipulación en cuestión consistió tanto en la tergiversación de las tasas de inflación como en la modificación de la metodología de cálculo de las de producto. Según un estudio reciente realizado con la vieja metodología y datos debidamente deflacionados, por ejemplo, la brecha

tasas reales, y contextualizando dichas tasas, el desempeño de la economía argentina durante la década sigue siendo considerable.

Esta pujante dinámica de acumulación tuvo lugar dentro de condiciones extraordinariamente favorables del mercado mundial. Nos referimos, principalmente, a la reversión de la tendencia secular al deterioro de los términos de intercambio entre los productos exportados por los países de la periferia y del centro del mercado mundial.⁷ En efecto, el índice de precios de las mercancías exportadas por los países latinoamericanos, liderado por los precios del petróleo, de algunos minerales empleados en la industria y de las oleaginosas y sus derivados, se duplicó entre la última década del siglo pasado y la primera del siguiente, mientras que el de las mercancías importadas aumentó en mucha menor medida, de manera que los términos de intercambio mejoraron entre ambas décadas significativamente (según datos de CEPAL). El índice de precios promedio de las exportaciones argentinas, en particular, aumentó arriba de un 45%, y el de sus importaciones apenas un 10% entre ambas décadas, redundando en una mejora de un 30% en los términos de intercambio promedio de ambas décadas (a partir de datos del INDEC). Esto acarreó un notable aflojamiento de la restricción externa que tradicionalmente padecían las economías latinoamericanas y la argentina en particular.⁸ Para ilustrar la magnitud del impacto de esta mejora, baste con señalar que, a los

entre ambas habría acumulado entre 2007 y 2012 unos 12,2 puntos (*La Nación*, 26/9/13, sobre la base del informe de Coremberg, 2014).

⁷ El descenso de las tasas de interés volvió aún más favorables estas condiciones, pero no tuvo una injerencia decisiva en Argentina porque quedó al margen de los mercados financieros internacionales.

⁸ Véase el tratamiento de esta problemática de Astarita (2010). Algunos economistas ortodoxos intentaron medir la incidencia de las condiciones del mercado mundial sobre los ciclos recesivo y expansivo que atravesaron las economías latinoamericanas, incluida la argentina, durante las dos últimas décadas. Österholm y Zettelmeyer (2007), por ejemplo, estimaron que esas condiciones explican entre un 50 y un

precios vigentes en los noventa, las exportaciones argentinas hacia fines del periodo considerado hubieran representado unos USD 30.000 millones menos, diferencia equivalente aproximadamente a la mitad de las importaciones, al doble del servicio de la deuda externa o a las dos terceras partes de las reservas de entonces.

Esta pujante dinámica de la acumulación, por otra parte, se dio sobre la base de un aparato productivo proveniente del intenso proceso de reestructuración que se había iniciado a mediados de los setenta y se había profundizado durante los noventa. Quienes lideraron esa acumulación fueron entonces las fracciones de la gran burguesía asentadas en sectores competitivos y orientados hacia el mercado mundial, que se habían convertido en las fracciones dominantes de la burguesía doméstica durante el proceso de reestructuración del capitalismo argentino de posguerra que se había iniciado tras la crisis de 1974-75 y se había profundizado en la década de 1990.⁹ Se trata de un conjunto de grandes capitales concentrados y transnacionalizados invertidos con alta rentabilidad en algunas ramas de la industria, el agro y el petróleo y la minería, que producen *commodities* de escaso valor agregado para la exportación y lideran un proceso de acumulación en el que también se insertan exitosamente la gran banca y algunos servicios.

Pasemos ahora a ese relajamiento de la disciplina de mercado que acompañó e impulsó esta pujante dinámica de la acumulación. Fueron especialmente relevantes, en este sentido, las consecuencias

60% de la dispersión entre las tasas de crecimiento correspondientes; Izquierdo, Romero y Talvi (2007) llegaron a conclusiones semejantes.

⁹ No podemos abordar en este artículo las características del modo de acumulación en cuestión. Véanse en este sentido el mencionado debate de los Economistas de Izquierda (AAVV 2007) así como los más recientes análisis de Piva (2015a, parte I), Bonnet (2015, cap. 10) y Bonnet y Piva (2016); véanse asimismo los análisis de la evolución de la cúpula empresaria durante la década realizados en el marco de FLACSO (entre otros, Basualdo *et al.* (2010); Schorr, Manzanelli y Basualdo (2012); Gaggero, Schorr y Wainer (2014), que confirman en buena medida esta continuidad.

la propia caída de la convertibilidad a comienzos de 2002 y de la política económica implementada durante el periodo de reactivación que la sucedió desde entonces hasta fines de 2005, periodo en el que se concentraron las medidas más importantes y exitosas de toda la década, implementadas durante la breve administración de Duhalde y la primera mitad de la administración de Kirchner por Lavagna, el ministro de Economía que ambas compartieron. Entre fines de 2005 y fines de 2007, en cambio, aunque la política económica siguió acompañando el desempeño de una economía que pasaba de la reactivación a la franca expansión, no se implementaron nuevas medidas importantes. Y desde fines de 2007 o comienzos de 2008 en más, la economía comenzó a plantear nuevos desafíos ante los cuales la política económica volvió a incluir nuevas medidas importantes, aunque se mostró un poco más vacilante y mucho más impotente.

La más importante de aquellas políticas iniciales fue indudablemente el mantenimiento de un tipo de cambio competitivo después de la devaluación forzada que puso fin a la convertibilidad a comienzos de 2002, política cambiaria acompañada de la aplicación de *retenciones*, es decir, de impuestos a las exportaciones agrarias y agroindustriales, que habían resultado especialmente beneficiadas por dicha devaluación. El tipo de cambio, en una economía tradicionalmente signada por serias dificultades de inserción en el mercado mundial como la argentina, siempre es una variable clave. Y en este sentido, la devaluación forzada de 2002 revistió una importancia decisiva para el relanzamiento de la acumulación, pues a corto plazo impuso de manera inflacionaria (es decir, en términos reales) la drástica reducción del salario que los ajustes no habían podido imponer de manera deflacionaria (en términos nominales) durante los últimos años de vigencia de la convertibilidad, debido a la propia resistencia de los trabajadores. Los salarios reales del conjunto de los trabajadores registraron así una caída de un 25% durante la primera mitad de 2002 y una caída aún mayor, que alcanzó entre un 30 y un 35%, de los salarios reales de los trabajadores no-registrados del sector privado y de los trabajadores del sector público, durante la segunda mitad del año. Los costos laborales reales, en con-

secuencia, se contrajeron alrededor de un 25% con la devaluación (según datos de Manzanelli, 2013). Y, si bien, desde 2003 comenzaron a aumentar hasta superar a comienzos de la década siguiente los vigentes antes de la devaluación, los costos laborales unitarios continuaron cayendo durante todo el periodo debido al aumento de la productividad. Este recorte de los salarios se combinó a su vez con sendos recortes, también en términos reales, de las tarifas de los servicios públicos y los precios de la energía y de las tasas de interés. La tasa de ganancia del conjunto de las empresas aumentó entonces significativamente entre ambas décadas.¹⁰ Esta reducción de costos totales aumentó particularmente la rentabilidad de los sectores productivos del capital, reforzando la competitividad de los capitales orientados hacia la exportación así como protegiendo a los capitales menos competitivos orientados hacia el mercado interno, y permitiendo en consecuencia combinar una recuperación de las exportaciones con una incipiente sustitución de importaciones.¹¹

¹⁰ Para el conjunto de las empresas, de una rentabilidad promedio del 6% entre 1993 y 2001 a una del 8,3% entre 2002 y 2009 (según Michele-
na, 2009); y para las empresas más grandes, de una del 10,2% a una
del 14,3% entre dichos años (según cálculos de Félix y López, 2012).

¹¹ Algunos economistas más heterodoxos, encabezados por Frenkel (véanse
entre otros Frenkel, 2004 y 2008; Frenkel y Rapetti, 2007 y 2008; Curia,
2007 y 2011), enfatizaron correctamente en la importancia que revistió el
mantenimiento de un “tipo de cambio real competitivo y estable” (Frenkel)
o “de equilibrio desarrollista” (Curia) dentro de la política macroeconó-
mica del primer kirchnerismo. Según estos economistas, el problema radica-
ría, como ya había advertido Lavagna en sus últimos días como ministro,
en la incapacidad de las políticas monetarias y fiscales que acompañaron
dicha política cambiaria para enfrentar sus consecuencias, particularmen-
te, la creciente inflación (véase, en este sentido, el balance de Damill y
Frenkel, 2009). Otros economistas heterodoxos, en cambio, fueron más
renuentes a identificar la pulverización de los salarios reales mediante la
devaluación como el fundamento de su “modelo de desarrollo productivo
con inclusión social” (por ejemplo, Panigo y Chena, 2011).

Este recorte de costos originado en la devaluación, combinado con aquella reestructuración previa del aparato productivo y favorables condiciones del mercado mundial a las que acabamos de referirnos, explican prácticamente sin resto las altas tasas de crecimiento registradas durante los primeros años. La competitividad del tipo de cambio resultante de la devaluación, sin embargo, fue deteriorándose paulatinamente. La inflación se había acelerado durante los meses posteriores a la caída de la convertibilidad hasta superar el 10% mensual en abril de 2002 (según el IPC-GBA del INDEC) y acumuló algo más de un 40% durante el año. Aunque después se desaceleraría, sumando un 3,5% en 2003 y un 6% en 2004. Sin embargo, en 2005 volvió a alcanzar un 12,3% y se inició un nuevo proceso inflacionario que se prolongó hasta la actualidad y que sólo moderó coyunturalmente la recesión de 2008-09.¹² Este nuevo proceso inflacionario, que alcanzó una tasa de arriba del 38% anual en 2014 (ahora según el IPC-Congreso) acabaría deteriorando la competitividad del tipo de cambio y presionando sobre una cotización del dólar que, estabilizada alrededor de los tres pesos por dólar entre 2003 y 2008, comenzó a ascender en 2009 y se descontroló desde 2012 alcanzando, inútiles controles cambiarios mediante, los 8,5 pesos por dólar en el mercado oficial y los 15 en el paralelo a fines del periodo. La inflación fue el indicador por excelencia del derrumbe de la disciplina de mercado que había impuesto el menemismo durante los noventa. Y las medidas económicas implementadas por el kirchnerismo para enfrentarla, a saber, fundamentalmente, la tergi-versación de los índices de inflación y los controles de precios desde 2007, y los controles del mercado cambiario y de las importaciones desde 2012, fueron los indicadores por excelencia de su incapacidad

¹² Nos referimos a un nuevo proceso inflacionario porque sus causas ya no remitían a la mega-devaluación en la que había desembocado la crisis de la convertibilidad (para un análisis de la inflación durante el periodo, véase Piva, 2015b).

para reemplazar esa disciplina de mercado por un nuevo mecanismo de disciplinamiento de la acumulación.¹³

La devaluación y el mantenimiento de un tipo de cambio competitivo no fueron, empero, las únicas medidas de política económica adoptadas por Duhalde y ratificadas más tarde por Kirchner ante la crisis de la acumulación. Mencionemos apenas las más importantes de las restantes. Duhalde resolvió la dimensión bancaria de la crisis, que había acarreado un congelamiento de los depósitos y un exorbitante encarecimiento de los créditos, pactados ambos en dólares durante la vigencia de la convertibilidad, mediante la pesificación asimétrica de esos depósitos y créditos acompañada por la implementación de un sistema de compensaciones a los bancos (véase Cobe, 2009), desactivando así las demandas de los ahorristas movilizados y a la vez rescatando de la bancarrota tanto a las empresas endeudadas como a los bancos acreedores. Esta resolución de la crisis bancaria mediante la generación de nueva deuda pública se convirtió así en una nueva operación de socialización masiva de deudas.¹⁴

La cesación de pagos de la deuda externa fue otra de las dimensiones clave de la crisis de la convertibilidad. Tras la declaración inicial de la suspensión del servicio de la porción de la deuda en manos de tenedores privados, que representaba alrededor de la mitad de una deuda externa total que ascendía a unos USD 144.500 millones, Duhalde continuó pagando la deuda en manos de tenedores institucionales, y anunció su intención de renegociar aquella deuda

¹³ En este sentido puede decirse que la intervención del INDEC a comienzos de 2007, considerada retrospectivamente, anunció el rumbo que adoptaría la política económica durante el siguiente período del kirchnerismo (véase Levy Yeyati y Novaro 2013).

¹⁴ El salvataje a la banca insumió unos USD 14.400 millones, que representaron algo más de la mitad de la nueva deuda pública emitida durante la coyuntura. La otra mitad estuvo compuesta por las deudas contraídas por los estados provinciales con bancos y tenedores de cuasi-monedas y diversas deudas contraídas por el estado nacional con empleados públicos, jubilados y proveedores (véase Damill, Frenkel y Rapetti, 2005).

en manos de tenedores privados. Pero recién la nueva administración de Kirchner comenzaría a concretar dicha renegociación a través del canje de deuda realizado a comienzos de 2005 y reabierto a mediados de 2010 y de 2013. Kirchner, simultáneamente, procedió a la cancelación anticipada de la deuda pendiente con el FMI, a fines de 2005, y con el Club de París, anunciada a fines de 2008 pero, crisis financiera internacional mediante, concretada recién a mediados de 2014.¹⁵ En síntesis, como se aprecia, la salida de la cesación de pagos de la deuda externa en la que había incurrido el estado argentino en 2001 se realizó a través de iniciativas diversas, aunque con un denominador común: el pago de dicha deuda. Mediante el pago ininterrumpido a los organismos financieros internacionales en tanto acreedores prioritarios, la reestructuración de la deuda y el pago a los acreedores privados y el pago anticipado de la deuda remanente con los acreedores institucionales, el *desendeudamiento* kirchnerista (véase, entre otros promotores de este mito, Basualdo, 2015) pasará a la historia como el proceso en que se realizaron los pagos de deuda externa más cuantiosos de la historia argentina: unos USD 173.000 millones netos entre 2002 y 2013, según informara orgullosa la ex presidenta (*La Nación*, 26/8/13).

El colapso del sistema de empresas de servicios públicos privatizadas y concesionadas en los noventa, con sus precios y tarifas dolarizados, fue otra de las dimensiones claves de la crisis de la convertibilidad. La administración de Duhalde se limitó en este sentido a controlar la indexación descontrolada de estos precios y tarifas que hubiera resultado de su pesificación, sin cuestionar aquellas privatizaciones y concesiones, ni intervenir en los restantes aspectos contractuales y regulatorios vinculados con la provisión de ser-

¹⁵ El canje redujo inicialmente la deuda externa, que había ascendido a unos USD 191.200 millones en 2004, a unos USD 150.000 millones, pero aumentó enormemente los pagos comprometidos para los años subsiguientes (véase el análisis de los Economistas de Izquierda en AAVV, 2005). Los pagos a los acreedores institucionales, por su parte, insumieron casi USD 10.000 millones de las reservas cada uno.

vicios y de energía (véanse Azpiazu y Schorr (2003a y 2003b; así como Thwaites Rey y López, 2004). Pero esta salida cortoplacista acarrearía a mediano plazo, durante la administración de Kirchner, consecuencias que no había acarreado en la coyuntura de la inmediata salida de la crisis para la de Duhalde. Por una parte, desde 2003, una serie de empresas a cargo de correos, aguas y cloacas, ferrocarriles, aerolíneas y energía se retiraron del mercado, entraron en bancarrota o fueron vaciadas por sus titulares, forzando una seguidilla de re-estatizaciones. Por otra parte, desde 2005, el gobierno comenzó a subsidiar a dichas empresas, especialmente en materia de transporte de pasajeros y de distribución de energía, y estos subsidios aumentaron incesantemente en los siguientes años, hasta convertirse en la principal fuente de déficit fiscal.¹⁶

El desempleo de masas, finalmente, fue otra de las dimensiones clave de la crisis de la convertibilidad. La administración de Duhalde encaró en este sentido una política de asistencia social centrada en la masificación de los subsidios de desempleo existentes mediante el plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, que superó los dos millones de beneficiarios (véase Neffa, 2009). La administración de Kirchner mantendría vigente este plan, pero iría perdiendo centralidad conforme disminuía el desempleo, recuperación económica mediante. El eje de la asistencia social comenzaría a desplazarse entonces hacia políticas más focalizadas y, simultáneamente, cobrarían cada vez más importancia las políticas laborales destinadas a contener las demandas salariales que los sindicatos empezarían a plantear con creciente firmeza.

¹⁶ La llamada Tragedia de Once, es decir, el choque de una formación del Ferrocarril Sarmiento en la Estación de Once a comienzos de 2012, que dejó como saldo más de 50 muertos y 700 heridos, sintetizó los resultados de esta política seguida por el kirchnerismo ante las empresas privatizadas y concesionadas: una vorágine de subsidios crecientes y corrupción, de estatizaciones caóticas forzadas por las circunstancias, de desinversión y deterioro de los servicios.

EXCURSUS: ACERCA DE LA CRISIS DEL NEOLIBERALISMO

La acelerada recomposición de la acumulación, que acabamos de analizar, sentó a su vez las condiciones materiales de posibilidad para la recomposición de la dominación. Es indiscutible que la recuperación económica, a través de la recuperación del empleo y, más tardía e irregularmente debido a la segmentación del mercado de trabajo, a través de la recuperación del salario y del consumo de los trabajadores, sentó las bases para esa recomposición de la dominación. Y puede afirmarse incluso, como veremos más adelante, que el modo de ejercicio de la dominación vigente durante la década fue especialmente dependiente de la disponibilidad de cuantiosos excedentes económicos a ser asignados por el estado a las diversas clases y fracciones de clases. Pero esto no implica, de ninguna manera, que aquella recomposición de la acumulación alcanzara para garantizar por sí misma esta recomposición de la dominación.

Esto es así, en primer lugar, por las características de la propia crisis que había culminado en la insurrección de fines de 2001. Recordemos en pocas palabras estas características.¹⁷ Los acontecimientos de diciembre de 2001, coronación de un prolongado ciclo de ascenso de las luchas sociales que venía desarrollándose desde las puebladas del interior del país de mediados de los noventa, deben conceptualizarse como una insurrección en sentido estricto, es decir, como un desafío de masas a la autoridad del estado burgués. Nada sintetizó mejor este carácter insurreccional que una consigna de aquellos días: “¡que boludos, que boludos, el estado de sitio se lo meten en el culo!” Esta insurrección cerró el periodo de feroz ofensiva que la gran burguesía doméstica había desplegado contra los trabajadores durante la década anterior. La insurrección forzó la caída del administrador de turno de dicha ofensiva, es decir, con el gobierno de De La Rúa. Fue la primera vez en la historia política argentina que una movilización de masas

¹⁷ Este excursus retoma algunos argumentos propuestos en Bonnet (2015b).

acabó con un gobierno democráticamente instituido. La insurrección acabó también con la convertibilidad, marco general dentro del cual se había desplegado dicha ofensiva. Las políticas monetario-financieras, como en nuestro caso la de convertibilidad, son las armas privilegiadas dentro de los arsenales empleados por los gobiernos neoliberales para el disciplinamiento de mercado de la clase trabajadora. Fue la resistencia contra los ajustes que exigía el mantenimiento de esa convertibilidad en las condiciones deflacionarias entonces vigentes, la que derrumbó ese disciplinamiento de mercado. La insurrección, finalmente, desarticuló la hegemonía política que el neoliberalismo había articulado a comienzos de la década sobre la base de ese disciplinamiento impuesto por la convertibilidad (Bonnet, 2008, cap. 6; Piva, 2012, caps. 11 y 12).

La insurrección implicó, en este sentido, una profunda ruptura del orden político. Otra consigna, aquella de “¡que se vayan todos!”, expresó por excelencia la radicalidad de esta ruptura. Los *todos* en cuestión eran, antes que nada, los cuadros del sistema de partidos políticos. La consigna significaba, en este sentido, un repudio de la política burguesa en su conjunto. Pero también eran los jueces cómplices de la corte suprema, a juzgar por los innumerables escraches que los tribunales sufrirían en las semanas posteriores, eran los empresarios, al menos aquellos propietarios de las empresas más involucradas en el proceso previo de reestructuración capitalista, a juzgar por los escraches que sufrirían los bancos, las empresas privatizadas y concesionadas o las cadenas de comida chatarra. *Todos* eran los que mandaban y, por consiguiente, los responsables del desastre. Y *todos* debían irse. ¡Que no quede ni uno solo! La consigna era negativa y podía parecer aporética. Pero generaba una sensación de vacío. Su radicalidad estaba, precisamente, en esa sensación de vacío. La consigna exigía que se consumara el vacío de poder que ya existía parcialmente en los hechos, y podía y debía ser recuperada en este sentido como una invitación, no a llenar ese vacío de poder auto-postulándose como representante de recambio, desde luego, sino a construir en ese vacío nuevas formas de auto-organización social. Y recordemos de paso que era muy razonable recuperarla en este sentido porque, en los hechos,

mientras en las calles se exigía que se fueran todos, en las asambleas barriales, las fábricas recuperadas o los emprendimientos productivos autogestionarios de los piqueteros, ya se estaban ensayando algunas de esas nuevas formas de auto-organización de la sociedad.

Es por esta razón que la exigencia ¡que se vayan todos! generaba, y seguiría generando, una suerte de *horror vacui* entre los defensores del orden establecido. Recordemos apenas a dos horrorizados ilustres. El primero, el ex-presidente Alfonsín quien, en ejercicio de su honorífico cargo de padre de la democracia, insistía en predicar poco después de la insurrección las sabias sentencias de nuestra constitución: “el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes” y “quien organiza parlamentos paralelos y peticiona en nombre del pueblo comete delito de sedición”. La segunda, la ex-presidenta Fernández de Kirchner quien, a fines de 2011, en el décimo aniversario de la insurrección, afirmaba: “me acuerdo de esa noche porque recién pudimos salir a las tres de la mañana, escoltados por la infantería de la policía, porque la gente quería matar a cuanto político, empresario, banquero o dirigente se le cruzara por el frente”.¹⁸ De esta manera la entonces senadora Fernández de Kirchner, encerrada junto con el propio Alfonsín y otros pares en la sala de la cámara alta, recordaba *la insurrección desde su horrorizada perspectiva de acorralada por los insurrectos*.

En esta profunda ruptura del orden político radicó la dimensión más profunda de la crisis que culminó en esa insurrección de diciembre de 2001. En verdad, en las grandes crisis capitalistas como la registrada en Argentina a fines de la década de los noventa, entra en crisis la organización capitalista de las relaciones sociales en su

¹⁸ Véanse respectivamente la intervención de Alfonsín en el debate suscitado en la sesión del 21 de febrero de 2002 en el Senado (en las actas en www.senado.gov.ar/parlamentario/sesiones/tac, recogida luego en la prensa por *Página 12* del 22/2/2002 y otros medios) y el discurso de Fernández de Kirchner con motivo de la asumir la presidencia pro-tempore del Mercosur del 20 de diciembre de 2011 en Montevideo (en www.presidencia.gov.ar/discursos).

conjunto, y sólo analíticamente podemos distinguir entre las dimensiones económica y política de dichas crisis y de las recomposiciones posteriores. Esto es así simplemente porque esas dimensiones económica y política de las crisis son expresiones, aunque diferenciables, de un único proceso de desenvolvimiento de la lucha de clases. La caída de la convertibilidad de la moneda, la crisis del sistema bancario, el default de la deuda externa, el colapso del sistema de empresas privatizadas y concesionadas y el desempleo de masas, así como las políticas adoptadas para superarlos, a las que nos referimos en el apartado anterior, no fueron asuntos meramente económicos. Fueron en última instancia la expresión de la resistencia de la clase trabajadora a las políticas adoptadas para imponer la disciplina de mercado que implicaba la convertibilidad, la resistencia de las organizaciones de ahorristas a la expropiación de sus ahorros, la resistencia de los sindicatos de empleados públicos a los recortes de sueldos que requería el servicio de la deuda externa, la resistencia de las asambleas populares a los aumentos de precios y tarifas de los servicios públicos, la resistencia del movimiento piquetero ante la imposición del desempleo generalizado. Sin embargo, si distinguimos analíticamente entre las dimensiones económica y política de la crisis que culminó en la insurrección de fines de 2001, advertimos que esta última fue la dimensión decisiva.

Este carácter radicalmente político de la crisis determinó de manera decisiva, en segundo lugar, los ritmos y las peculiaridades del proceso de recomposición posterior. La restauración del orden político era un desafío mucho más complejo que la recuperación de la economía. Ya hacia mediados de 2002, las tasas de uso de la capacidad instalada y de empleo comenzaron a repuntar y, durante 2003, el producto, el consumo y la inversión aumentaron francamente, iniciándose un quinquenio de alto crecimiento económico. Pero, mientras tanto, la restauración del orden político seguía siendo en gran medida una tarea pendiente. Las diferencias entre las administraciones de Duhalde y Kirchner cobran relevancia en este punto. La administración provisional de Duhalde, instituida en enero de 2002 por la asamblea legislativa en aplicación de la ley de acefalía, des-

pués de la renuncia del ex presidente De La Rúa, la renuncia previa del ex vicepresidente Álvarez y la caída de la fugaz administración provisional de Rodríguez Sáa y en medio de las movilizaciones populares, pudo avanzar considerablemente en la tarea de recomponer la acumulación. Y esto explica el hecho de que la administración de Kirchner siguiera sus pasos en materia de política económica —e incluso que mantuviera en su cargo a su ministro de economía. Pero la administración de Duhalde, carente de legitimidad, enfrentaba límites insalvables ante la tarea de recomponer la dominación.

En verdad, Duhalde dio un paso decisivo en esta tarea mediante la propia realización de las elecciones presidenciales de abril de 2003. En efecto, estas elecciones fueron un éxito rotundo, desde el punto de vista de la restauración del orden político: se realizaron normalmente (entre un electorado que había votado en blanco o había impugnado su voto en masa en las anteriores parlamentarias de 1999), se impuso ampliamente el partido oficialista (el Partido Justicialista, es decir, el partido del orden) y, más específicamente, triunfó el candidato que Duhalde había apadrinado (Kirchner, entre los tres candidatos presentados por el justicialismo, aunque con un magro 22% de los votos). Pero la administración de Duhalde ya no podía avanzar más en esa tarea de recomposición de la dominación, tarea que a partir de entonces quedaría en manos de la nueva administración electa de Kirchner. Y la administración de Kirchner no podía seguir, ni seguiría en los hechos, los pasos de la conservadora administración de Duhalde en las políticas que requería esa recomposición de la dominación. La restauración del orden político en 2002-2003 era virtualmente imposible si quienes ejercían el poder de estado no incorporaban, de alguna manera, las demandas de las masas movilizadas durante el ciclo de ascenso de las luchas sociales que había culminado en la insurrección de fines de 2001. Y, ante este desafío, el único recurso que la historia política argentina previa ponía a disposición de quienes ejercían el poder de estado era el viejo populismo. Veamos entonces, en el siguiente apartado, las características de la recomposición neopopulista del orden que tendría lugar desde entonces.

LA RECOMPOSICIÓN DE LA DOMINACIÓN

En efecto, la recomposición de la dominación durante la década descansó, desde el inicio del gobierno de Kirchner hacia mediados de 2003, en la incorporación de demandas de las masas movilizadas durante el ciclo de ascenso de las luchas sociales que había culminado en la insurrección de fines de 2001 dentro de un modo de ejercicio de la dominación neo-populista¹⁹ que implicaba un arbitraje del Estado mucho más activo que en la década previa entre los intereses de las diversas clases y fracciones de clases. Kirchner se había impuesto en las elecciones, pero debía convertir desde el gobierno los relativamente escasos votos que le había aportado el aparato partidario en manos de Duhalde en un consenso duradero. Kirchner, politológicamente hablando, debía ampliar su escasa *legitimidad de origen* con una importante porción de *legitimidad de ejercicio*. Y en este sentido, durante la primera mitad de su mandato y mientras continuaba y profundizaba las ya mencionadas políticas que Duhalde había adoptado para salir de la crisis económica, Kirchner encaró

¹⁹ Así como no pudimos abordar en este artículo las características del modo de acumulación, tampoco podemos abordar la manera en que la crisis política el 2001 y este cambio en el modo de ejercicio de la dominación se expresó en una serie de cambios en la forma y, por consiguiente, en el aparato y las funciones del estado: la importancia perdida por las autoridades a cargo de economía y finanzas y ganado por las autoridades a cargo de infraestructura y trabajo dentro del poder ejecutivo, la desestabilización de las relaciones entre este poder ejecutivo y los poderes legislativo y judicial, el aumento y la reorganización del gasto público, las re-estatizaciones, la intervención del estado en la fijación de variables clave como las tasas de interés, los salarios o los precios y tarifas, etc. Análisis minuciosos de la forma neoliberal de estado previa se encuentran en Bonnet (2008, especialmente capítulo 5) y en Piva (2012, especialmente capítulo 6); análisis de estos cambios posteriores en Bonnet (2015, caps. 7 y 8), Piva (2015a, II) y Bonnet y Piva (2011).

una serie de políticas dirigidas a ampliar el consenso alrededor de su administración y salir definitivamente de la crisis política.

Las principales medidas adoptadas en este camino fueron de carácter democrático. Se trató, por una parte, de un conjunto de medidas vinculadas con las violaciones a los derechos humanos perpetradas por la última dictadura cívico-militar (purgas masivas en la cúpula de las fuerzas armadas y derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida en 2003, declaración de inconstitucionalidad de los indultos a los ex represores en 2006 y, consecuentemente, reapertura de causas judiciales) y, por otra, de un conjunto de medidas vinculadas con el funcionamiento de algunas instituciones muy cuestionadas durante la década anterior (el caso más relevante fue la depuración, desde mediados de 2003, de la Corte Suprema de Justicia heredada del menemismo). Estas iniciativas fueron acompañadas por un discurso que apuntaba a trazar una frontera entre su gobierno “nacional, popular, progresista y racional” y los gobiernos neoliberales de los noventa y a identificar al primero con el orden, como un gobierno que apunta a construir “un capitalismo serio, nacional y competitivo”, y a los anteriores con el caos, como gobiernos que habían conducido a la crisis de 2001.²⁰ Y estas iniciativas fueron acompañadas, además, por la recuperación y posterior expansión de la economía y por un retroceso de las luchas sociales, procesos que habían comenzado ambos ya hacia mediados de 2002 y que se reforzaron mutuamente.²¹

²⁰ Las expresiones fueron tomadas, respectivamente, de una entrevista a Kirchner publicada en *Página 12* 6/10/02 y de un discurso de Kirchner extractado por *La Nación* 23/10/03 (vale la pena consultar, asimismo, su discurso de asunción del 25/5/03). Acerca de este discurso “re-fundacional” del kirchnerismo, véase muy especialmente Dagatti (2013).

²¹ Ya nos referimos a la evolución de la economía. El punto de inflexión en la evolución de la conflictividad social, por su parte, suele identificarse en la llamada “masacre de Puente Pueyrredón” de junio de 2002. Se trata de la represión del corte del Puente Pueyrredón, uno de los accesos a la Ciudad de Buenos Aires desde el sur, por una serie de organizaciones integrantes del Bloque Piquetero y en el marco de un plan de

A través de medidas como éstas, la flamante administración de Kirchner intentó incorporar demandas de las masas movilizadas. Desde luego, como siempre sucede, esta incorporación de demandas fue restringida por procesos de selección y de resignificación de dichas demandas por parte del estado (véase Piva, 2013). Consideremos apenas un par de ejemplos. La demanda de que abandonara el poder la llamada *clase política* en su conjunto, contenido dominante en la exigencia de ¡que se vayan todos!, planteada en la insurrección de diciembre de 2001, no fue ni podía ser incorporada como tal, pues el personal político kirchnerista provenía en su totalidad de esa misma clase política que había sido impugnada. Pero esta demanda democrática fue incorporada a través de políticas como las adoptadas en materia de derechos humanos, aun cuando ciertamente la exigencia de juicio y castigo a los militares genocidas de la última dictadura no se había contado en los hechos entre los contenidos dominantes de esa insurrección de diciembre de 2001. El hecho de que aquella supresión de las leyes de punto final y de obediencia debida, y del decreto de indulto a los máximos responsables del genocidio, fueran demandas históricas del movimiento de derechos humanos, no niega el hecho de que la satisfacción de esas demandas, junto con otras, haya sustituido la satisfacción de las demandas de democratización planteadas en la insurrección de diciembre.²² Y esta sustitución implicó, en verdad, una resignificación

lucha nacional, que arrojó como resultado el asesinato a quemarropa de dos militantes de MTDs enmarcados en la Coordinadora Aníbal Verón y numerosos heridos y detenidos por la policía bonaerense.

²² Kirchner inició su mandato en mayo de 2003 mediante una purga que afectó a la mitad de los mandos de las fuerzas armadas, y más tarde impulsó nuevas purgas que incluyeron a cientos de militares, policías y agentes de inteligencia. El Congreso declaró la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida de Alfonsín en agosto de 2003, y la Corte Suprema las declaró inconstitucionales en junio de 2005. La Cámara de Casación Penal, a su vez, declaró inconstitucionales los indultos concedidos por Menem a los ex represores en junio de 2006, decisión también confirmada por la Corte Suprema en agosto de 2010. Se inició a partir de entonces un proceso de

de dichas demandas. La democratización pasó a significar el castigo a quienes habían detentado el poder durante la dictadura, en vez de significar el desplazamiento de quienes habían detentado y seguían detentando el poder en la democracia.

La exigencia de renovación de la corte suprema, en cambio, sí se encontraba entre las demandas democráticas de 2001. Los integrantes de la corte eran considerados en los hechos, y con razón, como integrantes claves de esa *clase política* de la que había que deshacerse. Pero la satisfacción de esta exigencia involucraba a la vez una selección. Los máximos responsables del poder judicial serían reemplazados, mientras que los responsables de los poderes ejecutivo y legislativo seguirían siendo conspicuos integrantes de esa misma *clase política*.²³

Pero estos procesos de selección y resignificación no solamente mediaron la incorporación de las demandas democráticas, sino también de las demandas económicas y sociales. A los reclamos de puestos de trabajo del movimiento de desocupados, por ejemplo, la administración de Kirchner respondió, siguiendo los pasos de su antecesora de Duhalde, mediante la distribución masiva de subsidios de

reapertura de causas vinculadas con las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura que podría bajo proceso a más de 1000 militares. Estas medidas fueron suficientes para que la mayoría de las organizaciones de derechos humanos, empezando por la línea de las Madres de Plaza de Mayo encabezada por Bonafini, se encolumnara detrás del gobierno, y para que se ampliaran las bases de apoyo al gobierno entre los sectores medios progresistas de las grandes ciudades.

²³ Apenas unos días después de haber asumido Kirchner reclamó al congreso que reactivara el juicio político a los jueces de la corte suprema que ya había impulsado infructuosamente Duhalde. Pero esta vez se inició un proceso que se extendió durante 2003 y 2004 y arrojó como resultado una efectiva depuración de la corte heredada del menemismo. Kirchner presionó a sus miembros logrando la renuncia de tres jueces e impulsó con éxito el juicio político de otros dos. Los cuatro reemplazantes nombrados resultaron menos cuestionables que sus predecesores, mientras que el no-nombramiento de otros dos reemplazantes redujo en los hechos a siete los miembros de la nueva corte.

desempleo financiados a partir de las retenciones. La reducción posterior en la cantidad de beneficiarios de estos subsidios, sin embargo, no sería acompañada de nuevas políticas sociales masivas. Hasta el lanzamiento de la Asignación Universal por Hijo, por Fernández de Kirchner, a fines de 2009 (que a su vez incorporaba de alguna manera la demanda de un salario de ciudadanía planteada por el FreNaPo a fines de 2001), el kirchnerismo apostaría más bien a que fueran la reducción del desempleo y la mejora de los salarios resultante de la propia recuperación y posterior estabilización y expansión de la economía, antes que nuevas políticas sociales masivas, la principal respuesta a las demandas sociales planteadas en la crisis de 2001. La política social se centraría desde entonces a un conjunto de planes *productivos* focalizados específicamente sobre los sectores oficialmente denominados como *inempleables* de la clase trabajadora.²⁴

Esta incorporación de demandas convivió ciertamente con la represión de luchas sociales, puesto que no hay ejercicio alguno de la dominación que excluya la coerción, aunque esta represión fue muy restringida. En efecto, desde un comienzo, la política kirchnerista, frente a las protestas, se diferenció de sus antecesoras menemista y duhaldista como una política de normalización mediante el aislamiento, en lugar de la represión, de las protestas que resultaban más disruptivas. La llamada estrategia de *ni palos ni planes* seguida a propósito de las acciones de los *piqueteros duros* durante 2003-04 ejemplificó esta política. Y, por lo demás, el propio modo de desenvolvimiento de la lucha de clases durante el período no implicó la multiplicación de protestas especialmente disruptivas. Los límites del nuevo ciclo de conflictos sindicales de 2005-07 sirvieron, a su vez, como ejemplo de este carácter no-disruptivo de las protestas

²⁴ Esto introdujo cierta tensión dentro de la política social seguida por el kirchnerismo entre una orientación más masiva (los citados planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados y Asignación Universal por Hijo) y otra más focalizada (los planes productivos vinculados con cooperativas de trabajo, micro-emprendimientos, etc.) (véase Logiúdice, 2011; y Logiúdice y Bressano, 2011).

registradas. La normalización kirchnerista del conflicto, en estas condiciones, resultó relativamente exitosa y sólo debió recurrir a la represión en los casos de algunos conflictos que desbordaron los límites establecidos por esa normalización como, por ejemplo, muchas luchas socio-ambientales registradas en el interior del país.

La importancia que revistieron estos mecanismos de incorporación de demandas para la recomposición de la dominación redundó en que ésta dependiera intensamente de la disponibilidad de excedente económico. Por supuesto, no hay modo alguno de ejercicio de la dominación política que no descansa en la disponibilidad de algún excedente económico, pero el punto aquí es entender qué relación guardó este modo específico de ejercicio de la dominación con esa disponibilidad de excedente económico. Adviértase, en este sentido, que el disciplinamiento de mercado de la clase trabajadora que estaba en el centro del modo neoliberal de ejercicio de la dominación política durante los noventa no parecía depender tan estrechamente de la disponibilidad de cuantiosos excedentes. Al contrario, al menos dentro de ciertos límites, las restricciones económicas podían reforzar por sí mismas ese disciplinamiento. Este arbitraje activo entre los intereses de las distintas clases y fracciones de clase de la década siguiente, en cambio, dependió más inmediatamente de la disponibilidad de cuantiosos excedentes económicos a asignar.²⁵ Éste es el punto, naturalmente, en el que las características de este modo de ejercicio de la dominación

²⁵ Una comparación puede ilustrar esta diferencia. La dura crisis económica desencadenada a fines de 1994 (la asociada con el efecto tequila) no sólo no debilitó sino que reforzó manifiestamente el consenso menemista y las posibilidades de que Menem impusiera su re-elección en las presidenciales de mayo de 1995. La recesión que se inició a fines de 2007 (vinculada esta vez con el crack de las hipotecas subprime), en cambio, contribuyó a la derrota de Fernández de Kirchner en las parlamentarias de junio de 2009. Y esto a pesar de que las consecuencias de esta última recesión, en términos de caída del producto, del consumo, de la inversión o cualquier otra variable que consideremos, fueron mucho más leves que las de aquella crisis.

se vinculan más estrechamente con la recuperación y posterior expansión de la acumulación mencionadas en el primer apartado.

Es importante agregar aquí, antes de seguir avanzando, que no sólo Kirchner recurriría a esta incorporación restringida de demandas ante el desafío que enfrentó de recomponer la dominación después de la crisis política de 2001, especialmente entre 2003 y 2005, sino que Fernández de Kirchner volvería a recurrir a ella años más tarde, hacia 2008-2010, ante el desafío de reconstruir el consenso tras la primera y única crisis política importante que enfrentó el kirchnerismo durante la década posterior, a saber, la crisis originada por el conflicto entre su gobierno y la burguesía agraria y agroindustrial, con motivo de su intento de implementar retenciones móviles a las exportaciones.²⁶ Ambos desafíos, desde luego, fueron diferentes. La crisis política de 2001 tuvo como protagonistas centrales a amplios sectores de la clase trabajadora y de la pequeñoburguesía; la crisis política de 2008 tuvo como protagonistas centrales a las fracciones agraria y agroindustrial de la burguesía. La crisis política de 2001, mucho más orgánica, consistió en una impugnación de masas al orden establecido en su conjunto; la crisis política de 2008, más coyuntural, consistió en una ruptura del bloque en el poder. Y, sin embargo, ambas crisis políticas se encuentran relacionadas. La defección de la burguesía agraria y agroindustrial del bloque en el poder en la crisis de 2008 confirmó de alguna manera que el proceso de recomposición de la dominación posterior a la crisis de 2001 había concluido (véase Belkin y Piva, 2009; y Bonnet 2010). La unidad de la gran burguesía alrededor de la restauración del orden llevada a cabo por el kirchnerismo se rompió porque ya, a esa altura, podía romperse sin conducir a una ruptura del orden político en su conjunto. Las respuestas de Kirchner y Fernández de Kirchner, respectivamente, ante ambas crisis, sin embargo, descansaron en el mismo

²⁶ Se publicaron varios trabajos acerca de las características y el desarrollo de este controvertido conflicto, pero quizás los más recomendables sean los de Barsky y Dávila (2008), Sartelli (2009) y Giarraca y Teubal (2010).

mecanismo de incorporación restringida de demandas de las masas. En efecto, la presidenta respondió a esta última crisis política implementando, entre mediados de 2008 y mediados de 2010, una serie de acciones que incluyeron las estatizaciones de Aerolíneas Argentinas y Austral y de las AFJPS, el lanzamiento de una artillería de medidas expansivas anti-cíclicas, la adquisición a la AFA de los derechos de transmisión televisiva del fútbol mediante el programa Fútbol para Todos, la sanción de una nueva Ley de Medios Audiovisuales, la implementación de la citada Asignación Universal por Hijo y del plan Conectar Igualdad de entrega de computadoras a alumnos y docentes, la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario, etc. Todas estas medidas, aunque diferentes entre sí, tuvieron en común el hecho de que rescataban demandas populares previas, y resultaron exitosas a corto plazo: reconstruyeron el consenso alrededor de un kirchnerismo que, después de haber sido derrotada por fuerzas de derecha en las parlamentarias de mitad de mandato de 2009, resultó triunfador con mayoría absoluta en las presidenciales de 2011. Sin embargo, el kirchnerismo alcanzó este éxito de corto plazo respondiendo *por izquierda* (es decir, mediante una reiteración e incluso una radicalización de esa incorporación de demandas populares) a un desafío planteado *por derecha* (es decir, por el rechazo de la burguesía agraria y agroindustrial a ceder una porción mayor de su renta y sus ganancias). Y esto condujo, a mediano plazo, a un desfase creciente entre la orientación política seguida por el segundo gobierno de Fernández de Kirchner y las relaciones de fuerzas entre clases y fracciones de clase vigente en la sociedad. Este desfase, que ya se puso de manifiesto en la propia re-elección de Fernández de Kirchner en las presidenciales de 2011, recién acabaría de clausurarse mediante la reciente elección de Macri en las presidenciales de 2015.

Este mecanismo de incorporación restringida de demandas acarrió, finalmente un cambio en las relaciones entre el gobierno y las instancias –partidos, sindicatos, organizaciones sociales– que median las relaciones entre el Estado y la sociedad. Cabe aclarar que, en sentido estricto, el kirchnerismo nunca adoptó la dinámica movimientista del viejo populismo (del peronismo) ni de otras va-

riantes contemporáneas más radicalizadas del populismo (como el *chavismo*); combinó más bien algunos elementos provenientes de la vieja tradición populista (como el citado arbitraje activo entre los intereses de las diversas clases y fracciones de clases) con elementos provenientes más bien de la tradición liberal-progresista (como una adhesión, mucho más estrecha, a los marcos institucionales democrático-republicanos). En este sentido, hay que remarcar el kirchnerismo no consistió en una simple resurrección del viejo populismo, sino en un neo-populismo que implicó precisamente esa combinación entre elementos de la tradición populista y elementos de la tradición liberal-progresista (véase nuevamente Piva, 2013). Esa mera resurrección hubiera sido inviable en las condiciones vigentes en el capitalismo argentino contemporáneo; esta combinación, en cambio, era más viable y en los hechos tenía como antecedentes más cercanos la renovación del radicalismo llevada a cabo por el *alfonsínismo* y, especialmente, en la renovación del propio peronismo llevada a cabo por el *caferismo*, ambas en los comienzos de la transición democrática. Sin embargo, sigue siendo cierto que el modo de ejercicio de la dominación política propio del kirchnerismo requería que el gobierno mantuviera con aquellas instancias que median las relaciones entre el estado y la sociedad relaciones muy distintas de las que habían mantenido los gobiernos menemistas durante la década previa.

En efecto, en líneas generales, el kirchnerismo requirió de esas instancias organizativas una colaboración mucho más activa con su empresa de recomposición de la dominación, mientras que el menemismo se había contentado con su desactivación. La medida en que obtuvo efectivamente esa colaboración dependió de la situación en la que se encontraban esas instancias organizativas durante la crisis política de 2001 y de su derrotero posterior. El sistema de partidos políticos en su conjunto estaba hundido en una crisis mayúscula, que había ido gestándose durante los noventa y había culminado en el rechazo generalizado a los partidos políticos de 2001. Ante esta situación, Kirchner, que había accedido al gobierno apoyado apenas por uno de los tres sectores en los que se había dividido el partido justicialista ante las elecciones, osciló entre dos estrategias diferen-

tes: apoyarse en un justicialismo que previamente debía reunificar y alinear detrás suyo, o en un nuevo frente de centro-izquierda que previamente debía organizar a partir de sectores provenientes del propio peronismo junto con otros sectores progresistas provenientes del socialismo, del radicalismo y de otras vertientes ideológicas cuyas expresiones político-partidarias también se hallaban en crisis. Kirchner triunfó en las parlamentarias de 2005 con un Frente para la Victoria cuya composición reveló que se había inclinado por la primera estrategia. Pero Fernández de Kirchner se impuso en las presidenciales de 2007 apoyada por una alianza entre la mayoría del justicialismo y un sector oficialista del radicalismo, alianza que se rompería poco después durante el citado conflicto agrario de 2008. El kirchnerismo, más aislado, fue derrotado a continuación en las parlamentarias de 2009 tanto por sectores extra-partidarios como por sectores disidentes del propio partido justicialista. La ex presidenta, mientras tanto, comenzó a alentar la organización de nuevas fuerzas políticas afines que, aunque peronistas en su mayoría, no integraban el partido. El aplastante triunfo del oficialismo en las presidenciales de 2011 pareció augurar la posibilidad de que se consolidara una nueva fuerza más estrictamente kirchnerista, pero su retroceso en las parlamentarias de 2013 y su derrota final en las presidenciales de 2015, enfrentado nuevamente tanto por fuerzas extra-partidarias (de donde proviene el presidente electo, Macri) como intra-partidarias (de donde provenía el tercer candidato más votado, Massa) acabó con esa posibilidad. Puede decirse en síntesis que, salvo en ciertas coyunturas y en una medida bastante limitada, el kirchnerismo nunca logró reunificar y alinear al justicialismo en su conjunto detrás suyo (siempre hubo sectores importantes del partido en la oposición) ni tampoco organizar una nueva fuerza de centro-izquierda propia (los sectores extra-partidarios que apoyaron al kirchnerismo siempre fueron minoritarios dentro de sus coaliciones electorales). A través de sus oscilaciones, en cambio, el kirchnerismo contribuyó activa aunque involuntariamente a que aquella crisis del sistema de partidos heredada del 2001 se perpetuara hasta nuestros días.

El sistema de sindicatos también atravesaba una profunda crisis, que también había ido gestándose durante los noventa y había culminado a fines de la década. Pero esta situación comenzó a modificarse a través de los acercamientos de sectores del sindicalismo a las administraciones provisionales de Rodríguez Saa y de Duhalde entre fines de 2001 e inicios de 2003, y acabaría de modificarse durante la posterior administración de Kirchner, especialmente desde su relanzamiento del consejo del salario mínimo y su revitalización de la negociación colectiva y las paritarias a mediados de 2004. El retorno de la internalización del conflicto obrero a través de la lucha alrededor del salario, en un nuevo contexto de retorno de la inflación y de las pujas distributivas, otorgó en sí mismo a los sindicatos un mayor protagonismo. El posterior descenso de los niveles de desempleo y subempleo y el aumento de los niveles de sindicalización, además, dotaron a los sindicatos de mayor poder de negociación. El sistema de sindicatos, mayoritariamente reunificado desde 2004 en la CGT liderada por Moyano, recuperó así durante la administración de Kirchner una buena parte de su importancia como instancia organizativa institucionalizada de canalización de las luchas sociales, e incluso una parte más exigua de su incidencia política. Sin embargo, esta llamada “revitalización del sindicalismo” (Etchemendy y Collier, 2008; Atzeni y Ghigliani, 2008) no dio lugar a una recomposición duradera del viejo vínculo funcional entre la burocracia sindical y el Estado.²⁷ A través de una serie de rupturas posteriores

²⁷ Esta revitalización, sin embargo, sí dio lugar a procesos de reorganización de base (en comisiones internas, cuerpos de delegados, corrientes anti-burocráticas) y de lucha en los lugares de trabajo (algunas de ellas importantes, como en Subterráneos y seccionales de la Unión Ferroviaria, en la docencia de suteba, en Kraft Terrabussi, etc.) (véanse, entre muchos trabajos sobre estos conflictos, los más generales como los de Scolnik, 2009; o Varela, 2013). Estos procesos fueron minoritarios dentro de la evolución de conjunto de la conflictividad sindical durante el período (para un panorama, véase Cotarelo, 2012), pero resultaron importantes desde un punto de vista político.

(deserción de la CGT *Azul y Blanco* de Barrionuevo en 2008, ruptura definitiva entre el sector oficialista de la CTA liderado por Yasky y el opositor liderado por Micheli en 2010, nueva ruptura de la CGT entre el sector que seguiría liderado por Moyano, aunque pasaría a la oposición y el oficialista liderado ahora por Caló en 2012), sectores importantes del sindicalismo se enfrentarían con el kirchnerismo y volverían a organizar exitosas huelgas generales y otras protestas (véase López y Cantamutto, 2013).

El derrotero de las organizaciones sociales, por último, fue algo diferente. La mayoría de las organizaciones que habían protagonizado el ascenso de las luchas sociales que había culminado en la insurrección de fines de 2001, de creación más reciente y, por consiguiente, de menor grado de consolidación, simplemente se extinguieron (como las asambleas barriales) o se acomodaron a las nuevas condiciones vigentes (como los colectivos de trabajadores de las empresas recuperadas) con el reflujó de ese ascenso de las luchas sociales. Pero algunas de estas nuevas organizaciones (como las que integraban el movimiento de desocupados) y otras provenientes del pasado (como las de derechos humanos) ya habían alcanzado un mayor grado de consolidación. La estrategia de normalización de las protestas adoptada por el kirchnerismo desde sus comienzos acarrió como consecuencia, para estas últimas, la generalización de divisiones alrededor del eje kirchnerismo / anti-kirchnerismo entre organizaciones enteras o entre fracciones dentro de ellas, por una parte, y la tendencia a la estatización de la mayoría de las organizaciones o de las fracciones que se alinearon con el kirchnerismo, por la otra (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008; Svampa, 2009). Las consecuencias de aquellas divisiones y, especialmente, de esta tendencia a la estatización, fueron desastrosas para estas organizaciones. Muchas de ellas, tanto las que habían sufrido esta estatización (como la Federación de Tierra y Vivienda) como algunas de las que no la habían sufrido (como la Corriente Clasista y Combativa, o incluso, más recientemente, el Frente Popular Darío Santillán) entraron en procesos de divisiones y crisis que parecen irreversibles, mientras que otras (como muchos Movimientos de Trabajadores Desocupa-

dos) simplemente fueron extinguiéndose con el correr de los años. Y las que sufrieron ese proceso de estatización (como la citada FTV o las Madres de Plaza de Mayo–Línea Fundadora) ingresaron en un proceso de descomposición que comenzó por su desmovilización, continuó con su completa degradación político-ideológica y acabó muchas veces en la mera corrupción.²⁸ El kirchnerismo, en cualquier caso, tampoco parece haber logrado tejer una red duradera de organizaciones sociales que sustentaran su continuidad.

CONCLUSIONES

Repasemos, para concluir, las características fundamentales del proceso de recomposición de la acumulación y la dominación emprendido por el kirchnerismo. Definíamos al kirchnerismo, al comienzo de este artículo, en términos de la existencia de la insurrección como restauración. Y esta afirmación se aplica a todas esas características fundamentales del proceso de recomposición que llevó adelante, esto es, cada una de esas características debe entenderse en última instancia como una dimensión del modo en que siguió existiendo la insurrección popular como restauración del orden. La devaluación y el mantenimiento de un tipo de cambio devaluado fueron la expresión de la imposibilidad de sostener la disciplina que implicaba la convertibilidad de la moneda, así como la pesificación del sistema bancario, la de sostener el sistema bancario dolarizado asociado a

²⁸ Este panorama acerca de la evolución de los movimientos sociales puede parecer desalentador, pero debe tenerse en cuenta también que algunas organizaciones de desocupados (los MTDs) se reorganizaron alrededor de diversos emprendimientos; que muchas de las empresas recuperadas (como Zanón) siguen en pie y, especialmente, que durante la década emergieron nuevas organizaciones (en particular, las vinculadas con las luchas socio-ambientales, como las reunidas en la Unión de Asambleas Ciudadanas; véase en este sentido, entre otros, Svampa y Antonelli, 2010).

dicha convertibilidad, la reestructuración de la vieja deuda externa y la prescindencia respecto de la emisión de nueva deuda, fueron la expresión de la cesación de pagos y del cierre de los mercados financieros internacionales; las re-estatizaciones y los subsidios fueron consecuencia del colapso del sistema de empresas privatizadas y concesionadas, la importancia concedida a los mecanismos de incorporación de demandas populares fue naturalmente un reconocimiento de la fuerza adquirida por esas demandas, de la misma manera que el recurso a la mediación de los sindicatos y los movimientos sociales, un reconocimiento de su protagonismo. Y así sucesivamente. Mientras tanto, la insurrección, es decir, el rechazo a la disciplina monetaria, a los ajustes fiscales, al aumento de las tarifas de los servicios públicos y a la expropiación de ahorros, el reclamo de puestos de trabajo y de salarios dignos, la exigencia de que se vayan todos, siguieron existiendo detrás de cada una de estas características que asumió la restauración del orden.

Todas estas características de la restauración del orden se encuentran emparentadas. No son, ciertamente, los pilares del nuevo *modelo* que los Kirchner pretendieron, retrospectivamente, haber ideado e implementado desde su acceso al poder en 2003. Y no lo son por tres razones. En primer lugar, porque el proceso de restauración del orden en cuestión ya había comenzado, había avanzado considerablemente y había adquirido muchas de esas características antes de que Kirchner accediera al poder, es decir, durante la administración de Duhalde. En segundo lugar, porque las políticas adoptadas por las administraciones de Duhalde, Kirchner y Fernández de Kirchner que dotaron a ese proceso de restauración del orden de dichas características fundamentales fueron forzadas por las circunstancias. Bautizar a la insolvencia como *desendeudamiento*, al asistencialismo como *inclusión social* o a la reactivación coyuntural de sectores no-competitivos de la industria gracias a la devaluación como *re-industrialización*, en este sentido, no fue sino recurrir al conocido expediente de intentar convertir la necesidad en virtud. Y en tercer lugar, más importante aún, porque considerar a estas características que asumió la restauración del orden como pilares de un

supuesto nuevo *modelo* tiende dotar a las relaciones que guardaron entre ellas de una dosis de racionalidad que simplemente no podía verificarse ni se verificó en los hechos. Las políticas que dotaron a la restauración del orden de las características que asumió fueron forzadas por las circunstancias y, en consecuencia, no hay motivos para suponer que dichas características guarden entre sí las relaciones de funcionalidad que normalmente supone el concepto de *modelo*. Muy por el contrario: el modo en que existió la insurrección como restauración durante el período no podía sino ser un modo de existencia profundamente contradictorio y este carácter contradictorio se expresó en los hechos en las características de dicha restauración.

Una vez aclarado este punto, volvamos a nuestra afirmación de que, de todas maneras, estas características que asumió la restauración del orden se encuentran emparentadas. Para poner de manifiesto este parentesco, repasemos las características de la recomposición de la dominación que, como señalamos antes, fue la dimensión decisiva de esa restauración del orden. Y comparemos el modo neopopulista de ejercicio de la dominación vigente durante la década kirchnerista con el modo neoliberal de ejercicio de dicha dominación vigente durante la década menemista previa, porque las características de aquél sólo pueden explicarse a partir de la crisis de este último, es decir, nuevamente, a partir de la insurrección. La clave para entender el modo de ejercicio de la dominación política propio del menemismo, como variante autóctona del neoliberalismo, había sido la imposición del disciplinamiento de mercado sobre la clase trabajadora a través de políticas monetario-financieras. La fijación del tipo de cambio mediante la convertibilidad de la moneda, en un contexto de apertura externa y de desregulación del mercado interno, imponía a la burguesía doméstica la exigencia de reinserirse más competitivamente en el mercado mundial, y la burguesía descargaba a su vez esta exigencia sobre los trabajadores, convirtiéndola en exigencia de un aumento en la tasa de explotación del trabajo. Dentro del modo neoliberal de ejercicio de la dominación política sustentado en este disciplinamiento de mercado, el arbitraje político activo entre los intereses de las distintas clases y fracciones

de clases, si bien nunca desapareció ni acaso pueda desaparecer por completo, quedaba notoriamente relegado a un segundo plano respecto del arbitraje operado por el propio mercado.

Pero, una vez impugnado este modo de ejercicio de la dominación en medio del ascenso de las luchas sociales que culminó en la insurrección de fines de 2001, ese arbitraje activo entre intereses se convertiría en la clave de la recomposición de la dominación. Caracterizamos antes el modo de ejercicio de la dominación política resultante de dicha recomposición como neopopulista precisamente en la medida en que, aunque respetando el marco institucional de la democracia republicana, recuperó mecanismos de arbitraje entre intereses que, en la historia política argentina, hunden sus raíces en la tradición populista. La propia caída de la disciplina monetaria y financiera impuesta por la convertibilidad fue la condición de posibilidad básica de este arbitraje. El tipo de cambio se convirtió, devaluación mediante, en uno de los instrumentos decisivos de ese arbitraje. La competitividad de la burguesía doméstica en su conjunto —y la competitividad relativa de sus distintas fracciones, aplicación de retenciones y otras medidas mediante— pasó a ser parcialmente un asunto político. La indisciplina inflacionaria fue la contrapartida por excelencia de esa caída de la disciplina impuesta por la convertibilidad. Pero las pujas distributivas asociadas con la inflación fueron, a la vez, el espacio por excelencia en el que se desplegó ese arbitraje entre intereses a través de los manejos de los precios y tarifas y de los subsidios de las empresas públicas privatizadas y concesionadas, los diversos mecanismos de control de los restantes precios implementados, las restricciones impuestas sobre el mercado cambiario y sobre las importaciones, las intervenciones del gobierno en las negociaciones salariales. El otorgamiento diferencial y arbitrario de concesiones a los distintos sindicatos y organizaciones sociales complementó estos manejos. Este arbitraje se vio potenciado, además, por el relativo aislamiento respecto de los mercados financieros internacionales resultante de la crisis de la deuda externa y de la pesificación del sistema bancario doméstico, en asuntos como el manejo de las tasas de interés. Y así sucesivamente.

Esta reactivación del arbitraje entre intereses implicó ciertamente una modificación de las relaciones entre el estado y el mercado: el estado pasó a ejercer arbitrajes que antes ejercía el propio mercado. Pero es importante evitar extraer de este hecho dos conclusiones que resultarían erróneas. Por una parte, esta modificación de las relaciones entre el estado y el mercado no tenía por qué acarrear ni acarreo en los hechos el *fortalecimiento del Estado* pretendido por el kirchnerismo. En tanto modo de existencia de las relaciones sociales como relaciones de dominación de clase, la fortaleza o debilidad relativas de un estado deben evaluarse en términos de su eficacia para el ejercicio de la dominación sobre la clase trabajadora. Y todo indica que, medido a partir de este patrón de medida, el Estado neoliberal instaurado por el menemismo durante los noventa fue más fuerte que este Estado emergente de su crisis. Aquel Estado que se limitaba a enmarcar institucionalmente la formación de precios y salarios en sus respectivos mercados pudiendo imponer sin embargo altísimos niveles de explotación del trabajo, digamos, era mucho más fuerte que éste que intervino cada vez más infructuosamente en las pujas distributivas desatadas en esos mercados. Por otra parte, aquella modificación de las relaciones entre el Estado y el mercado tampoco implicó el *retorno de la política* festejado por el kirchnerismo. Esto es así, sencillamente, porque la política no se había retirado nunca de la escena. El hecho de que las políticas neoliberales implementadas en los noventa se legitimaran a sí mismas en términos de una adaptación aparentemente técnica a los imperativos objetivos del mercado no revierte su carácter estrictamente político. Y, más importante aún, el hecho de que las luchas contra esas políticas neoliberales de los noventa se librara en las calles, y no en los palacios, tampoco niega su carácter político. La afirmación de que el kirchnerismo involucró un retorno de la política descansa, en este sentido, sobre la mísera concepción institucionalista de la política característica de los funcionarios encargados de la restaurar del orden.

Esto nos acerca a un último asunto que queremos abordar antes de cerrar esta conclusión, a saber, al papel desempeñado por la izquierda política y social dentro de esta recomposición de la acumulación y la dominación encarada por el kirchnerismo. El siguien-

te hecho es incontrovertible. La mayoría de los partidos y las organizaciones sociales de izquierda que habían protagonizado el ascenso de las luchas sociales que culminó en la insurrección de fines de 2001 acabaron apoyando a, e incluso integrándose dentro de, las administraciones kirchneristas. El significado político de este hecho también es, o al menos debería ser, incontrovertible desde una perspectiva de izquierda anticapitalista. La colaboración con las administraciones kirchneristas significó la colaboración con su empresa de recomposición de la acumulación y la dominación capitalistas en nuestro país. Y ninguna consideración acerca de la orientación político-ideológica de estas administraciones ni de las concesiones que se vieron forzadas a realizar en esa empresa de restauración del orden puede modificar este significado. El único aspecto de esta colaboración que vale la pena discutir, entonces, se relaciona con las razones que condujeron a la mayoría de la izquierda a hacerlo. Y, en este sentido, creemos que es necesario poner en discusión el lastre que el populismo sigue representando para esa izquierda. Nos referimos al lastre de reformismo, de estatismo y nacionalismo, de conciliación entre clases, en síntesis, de heteronomía generalizada que el populismo continuaba depositando sobre los sectores más avanzados de las luchas sociales contra el neoliberalismo. Y no nos referimos exclusivamente a esa porción mayoritaria de la izquierda que adhirió sin más al kirchnerismo, sino también a esa otra porción que, aun sin hacerlo, fue incapaz de superar el horizonte ideológico impuesto por el propio kirchnerismo (véase Bonnet, 2014).

En efecto, el hecho de que quienes dirigieron políticamente esa restauración del orden, cuadros provenientes del aparato del partido justicialista como Duhalde o Kirchner, hayan vuelto a echar mano a la tradición populista es comprensible. Aunque olvidado durante una década de neoliberalismo, también gestionado por cuadros del partido justicialista, el populismo seguía siendo el recurso político-ideológico por excelencia frente a la tarea de gestionar la restauración del orden después de la crisis de ese neoliberalismo. Esto va de suyo. Y confirma de paso la función política que el populismo desempeña en los hechos en las sociedades latinoamericanas actuales. Pero la pregunta que hay

que responder aquí es más bien la relacionada con las razones que condujeron a que la mayoría de los cuadros y las organizaciones que integran nuestra izquierda social y política se encontraran ideológicamente desarmados para enfrentar esta restauración neo-populista del orden.

Podría aducirse que esa impotencia política de la izquierda se explica, simplemente, por la persistente adhesión de las masas a aquella tradición populista. Pero esta explicación está reñida con los hechos. Mencionemos apenas dos de estos hechos. Por una parte, la solidez de esa adhesión de las masas a la tradición populista quedó en entredicho en muchas ocasiones desde el comienzo de la transición democrática de los ochenta, desde aquellos años en que esas mismas masas adhirieron al menemismo hasta estos días nuestros en que adhieren al macrismo. Y, por otra parte, en el mejor de los casos, esa presunta adhesión de las masas a la tradición populista podría explicar su apoyo a la restauración neo-populista del orden en cuestión, pero no la incapacidad de aquellos cuadros y organizaciones de la izquierda social y política a la hora de presentar alguna alternativa ante dicha restauración y menos aún la integración de la mayoría de los mismos a las administraciones kirchneristas. Digamos, en pocas palabras, que no fue tanto el populismo de las masas como el populismo de la propia izquierda el que la desarmó ante esa restauración del orden capitalista.

Mientras tanto, la superación de este orden capitalista sigue requiriendo la emergencia y la generalización de procesos de auto-organización y de auto-determinación, es decir, de autonomía social, que impugnen al mercado y al estado capitalistas en su calidad de modos irracionales de organización de la sociedad. Y, en los hechos, aunque no alcanzaron una profundidad y una amplitud que les permitiera inaugurar procesos de transición hacia un nuevo orden pos-capitalista, los procesos de ascenso de las luchas sociales y de crisis del neoliberalismo registrados en nuestro país y en otros países latinoamericanos involucraron muy numerosas y variadas experiencias de autonomía social. La autonomía ideológica, sin embargo, no es sino una de las dimensiones de esa autonomía social. Y en la medida en que nuestra izquierda argentina y latinoamericana permanezca

encerrada en el horizonte ideológico del populismo, es decir, de la burguesía, nunca tendremos una nueva izquierda anticapitalista.

REFERENCIAS

- AAVV (2005). *Anuario de los Economistas de Izquierda 2*. Bs. As.: AEDI.
- AAVV (2007). *Anuario de los Economistas de Izquierda 3*. Bs. As.: AEDI.
- Astarita, R. (2010). *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina*. Bernal: UNQ.
- Atzeni, M. y Ghigliani, P. (2008). Nature and limits of trade unions mobilization in contemporary Argentina. En Labour again publications. Amsterdam: International Institute of Social History (www.iisg.nl/labouragain).
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2003a). “La renegociación de los contratos entre la Administración Duhalde y las prestatarias de servicios públicos. ¿Replanteo integral de la relación Estado – empresas privatizadas o nuevo sometimiento a los intereses de estas últimas?”. En *Realidad Económica*, 193. Bs. As.: IADE.
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2003b). *Crónica de una sumisión anunciada: la renegociación con las empresas privatizadas bajo la administración Duhalde*. Bs. As. Siglo XXI.
- Balsa, J. (Comp.) (2013). *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. Bs. As.: CCC-UNQ.
- Barsky, O. y Dávila, M. (2008). *La rebelión del campo. Historia del conflicto agrario argentino*. Bs. As.: Sudamericana.
- Basualdo, E. et al. (2010). Concentración, centralización y extranjerización. Continuidades y cambios en la post-convertibilidad. Documento de Trabajo CIFRA 4. Bs. As.: CIFRA.
- Basualdo, E. (Coord.) (2015). *Ciclo de endeudamiento externo y fuga de capitales. De la dictadura militar a los fondos buitres*. Bs. As.: CEFIRAD/Página 12/UNQ.
- Belkin, A. y Piva, A. (2009). “Elecciones del 28 de junio de 2009: el giro a la derecha en el ciclo político abierto por las jornadas de

- diciembre de 2001". *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 42. Bs. As.: Herramienta.
- Bonnet, A. (2002). "Que se vayan todos. Crisis e insurrección en Argentina 2001". *Bajo el volcán. Revista del Posgrado de Sociología de la BUAP*, 5. Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla.
- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Bs. As.: Prometeo.
- Bonnet, A. (2010). "El lock-out agrario y la crisis política del kirchnerismo". *Herramienta Web*, 6. Bs. As.: Herramienta.
- Bonnet, A. (2014). "Populismo y nueva izquierda: algunas ideas". *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 54. Bs. As.: Herramienta.
- Bonnet, A. (2015a). *La insurrección como restauración. El kirchnerismo 2002-2015*. Bs. As.: Prometeo.
- Bonnet, A. (2015b). "El kirchnerismo. Un breve balance". *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 56. Bs. As.: Herramienta.
- Bonnet, A. y Piva, A. (2013). "Un análisis de los cambios en la forma de estado en la posconvertibilidad", *Grigera*.
- Bonnet, A. y Piva, A. (Comps.) (2016). *El modo de acumulación en la Argentina contemporánea*. Bs. As.: en prensa.
- Cobe, L. (2009). *La salida de la convertibilidad. Los bancos y la pesificación*. Bs. As.: Capital Intelectual.
- Coremberg, A. (2014). "Measuring Argentina's GDP Growth. Myths and facts". *World Economics*, 15(1). Disponible en www.arklems.org.
- Cotarelo, M. C. (2012). "El proceso de formación de una fuerza social. Argentina 1993-2010". Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales-UBA. Bs. As.: mimeo.
- Curia, E. (2007). *Teoría del modelo de desarrollo de la Argentina. Las condiciones para su continuidad*. Bs. As.: Galerna.
- Curia, E. (2011). *El modelo de desarrollo en Argentina. Los riesgos de una dinámica pendular*. Bs. As.: FCE.
- Dagatti, M. (2013). "La refundación kirchnerista. Capitalismo, democracia y nación en el discurso de Néstor Kirchner". *Grigera*.
- Damill, M. y Frenkel, R. (2009). Las políticas macroeconómicas en la evolución reciente de la economía argentina. Documento de Trabajo CEDES 65. Bs. As.: CEDES.

- Damill, M.; Frenkel, R. y Rapetti, M. (2005). "La deuda argentina: historia, default y reestructuración". En *Desarrollo económico*, 45 (178). Bs. As.: IDES.
- Etchemendy, S. y Collier, R. (2008). "Golpeados pero de pie. Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)". *Post Data. Revista de reflexión y análisis político*, 13. Bs. As.
- Félix, M. y López, E. (2012). *Proyecto neodesarrollista en la Argentina. ¿Modelo nacional-popular o nueva etapa en el desarrollo capitalista?*. Bs. As.: Herramienta/El Colectivo.
- Frenkel, R. (2004). "Las políticas macroeconómicas, el crecimiento y el empleo". En *OIT: Generando trabajo decente en el Mercosur. Empleo y estrategia de crecimiento: el enfoque de la OIT*. Ginebra: OIT.
- Frenkel, R. (2008). "Tipo de cambio real competitivo, inflación y política monetaria". *Revista de la CEPAL*, 96. Santiago de Chile: CEPAL.
- Frenkel, R. y Rapetti, M. (2007). "Política cambiaria y monetaria después del colapso de la convertibilidad". *Ensayos económicos*, 46. Bs. As.: BCRA.
- Frenkel, R. y Rapetti, M. (2008). "Five years of competitive and stable real exchange rate in Argentina 2002-2007". *International Review of Applied Economics*, 22(2).
- Gaggero, A.; Schorr, M. y Wainer, A. (2014). *Restricción eterna: el poder económico bajo el kirchnerismo*. Bs. As.: Futuro Anterior.
- Gervasoni, C. y Peruzzotti, E. (Eds.) (2015). *¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo*. Bs. As.: Debate.
- Giarracca, N. y Teubal, M. (Coords.) (2010). *Del paro agrario a las elecciones de 2009. Tramas, reflexiones y debates*. Bs. As.: Antropofagia.
- Grigera, J. (Comp.) (2013). *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Bs. As.: Imago Mundi.
- Izquierdo, A.; Romero, R. y Talvi, E. (2007). *Boom and busts in Latin America: the role of external factors*. New York: FMI.
- Levy Yeyati, E. y Novaro, M. (2013). *Vamos por todo. Las 10 decisiones más polémicas del modelo*. Bs. As.: Sudamericana.
- Logiúdice, A. (2011). "Pobreza y neoliberalismo: la asistencia social en la Argentina reciente". *Entramados y perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología*, 1. Bs. As.: FCS-UBA.

- Logiúdice, A. y Bressano, C. (2011). "Nuevas intervenciones públicas en la Argentina reciente. El caso de la asistencia social". En *Debate público. Reflexiones de trabajo social*, 2. Bs. As.: FCS-UBA.
- López, E. y Cantamutto, F. J. (2013). "Las demandas económicas de la clase trabajadora en el nuevo modo de desarrollo argentino (2002-2011). De la recomposición parcial a las limitaciones estructurales". *Conflicto Social. Revista del Programa de investigación sobre conflicto social*, 10. Bs. As.: Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA.
- Michelena, G. (2009). "La evolución de la tasa de ganancia en la Argentina (1960-2007): caída y recuperación". En *Realidad económica*, 248. Bs. As.: IADE.
- Manzanelli, P. (2013). *El debate sobre la competitividad y sus condicionantes*. Bs. As.: CIFRA.
- Manzanelli, P. y Schorr, M. (2013). "Aproximación al proceso de formación de precios en la industria argentina en la posconvertibilidad". *Realidad económica*, 273. Bs. As.: IADE.
- Neffa, J. C. (2009). "El plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJYJHD). Análisis de sus características y objetivos: fortalezas y debilidades". En J. C. Neffa; E. De La Garza Toledo y L. Muniz Terra (Comps.): *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales*. Vol. II. Bs. As.: CLACSO.
- Novaro, M., Bonvecchi, A. y Cherny, N. (2014). *Los límites de la voluntad. Los gobiernos de Duhalde, Néstor y Cristina Kirchner*. Bs. As.: Ariel.
- Österholm, P. y Zettelmeyer, J. (2007). The effect of external conditions on growth in Latin America. IMF Working Paper 07176. New York: FMI.
- Panigo, D. y Chena, P. (2011). "Del neomercantilismo al tipo de cambio múltiple para el desarrollo nacional. Los dos modelos de la post-Convertibilidad". En P. Chena; N. Crovetto y D. Panigo (Comps.), *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*. Bs. As.: Miño y Dávila.
- Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster, F. (2008). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. La Plata: Al margen.

- Piva, A. (2007). *Modo de acumulación y hegemonía en Argentina: continuidades y rupturas después de la crisis de 2001*. En AAVV (2007). *Anuario de los Economistas de Izquierda 3*. Bs. As.: AEDI.
- Piva, A. (2012). *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista*. Bs. As.: Biblos.
- Piva, A. (2013). “¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de populismo en el neopopulismo? Kirchnerismo y peronismo en la Argentina post 2001”. En *Trabajo y sociedad*, 21. Santiago del Estero: Trabajo y Sociedad.
- Piva, A. (2015a). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*. Bs. As.: Batalla de ideas.
- Piva, A. (2015b). “La inflación argentina en la post-convertibilidad (2002-2013)”. *Realidad Económica*, 293 y 294. Bs. As.: IADE.
- Sartelli, E. (Dir.) (2008). *Patrones en la ruta. El conflicto agrario y los enfrentamientos en el seno de la burguesía (marzo-julio de 2008)*. Bs. As.: Razón y Revolución.
- Schorr, M.; Manzanelli, P. y Basualdo, E. (2012). “Régimen económico y cúpula empresaria en la post-convertibilidad”. *Realidad económica*, 265, Bs. As.: IADE.
- Scolnik, F. (2009). “El movimiento obrero argentino entre dos crisis: las organizaciones de base antiburocráticas en el área metropolitana de Buenos Aires durante el período 2003-2007”. *Conflicto Social. Revista del Programa de investigación sobre conflicto social*, 2. Bs. As.: Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA.
- Svampa, M. (2009). *Argentina: la reconfiguración del espacio piquetero (2003-2009)*. Postfacio a la tercera edición de M. Svampa y S. Pereyra: Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras. Bs. As.: Biblos.
- Svampa, M. y Antonelli, M. (2010). *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*. Bs. As.: Biblos.
- Thwaites Rey, M. y López, A. (2004). “Argentina: la debilidad regulatoria como estrategia política”. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, 28. Caracas: CLAD.
- Varela, P. (2013). “El sindicalismo de base en la Argentina de la pos convertibilidad. Hipótesis sobre sus alcances y limitaciones”. *Grigera*.